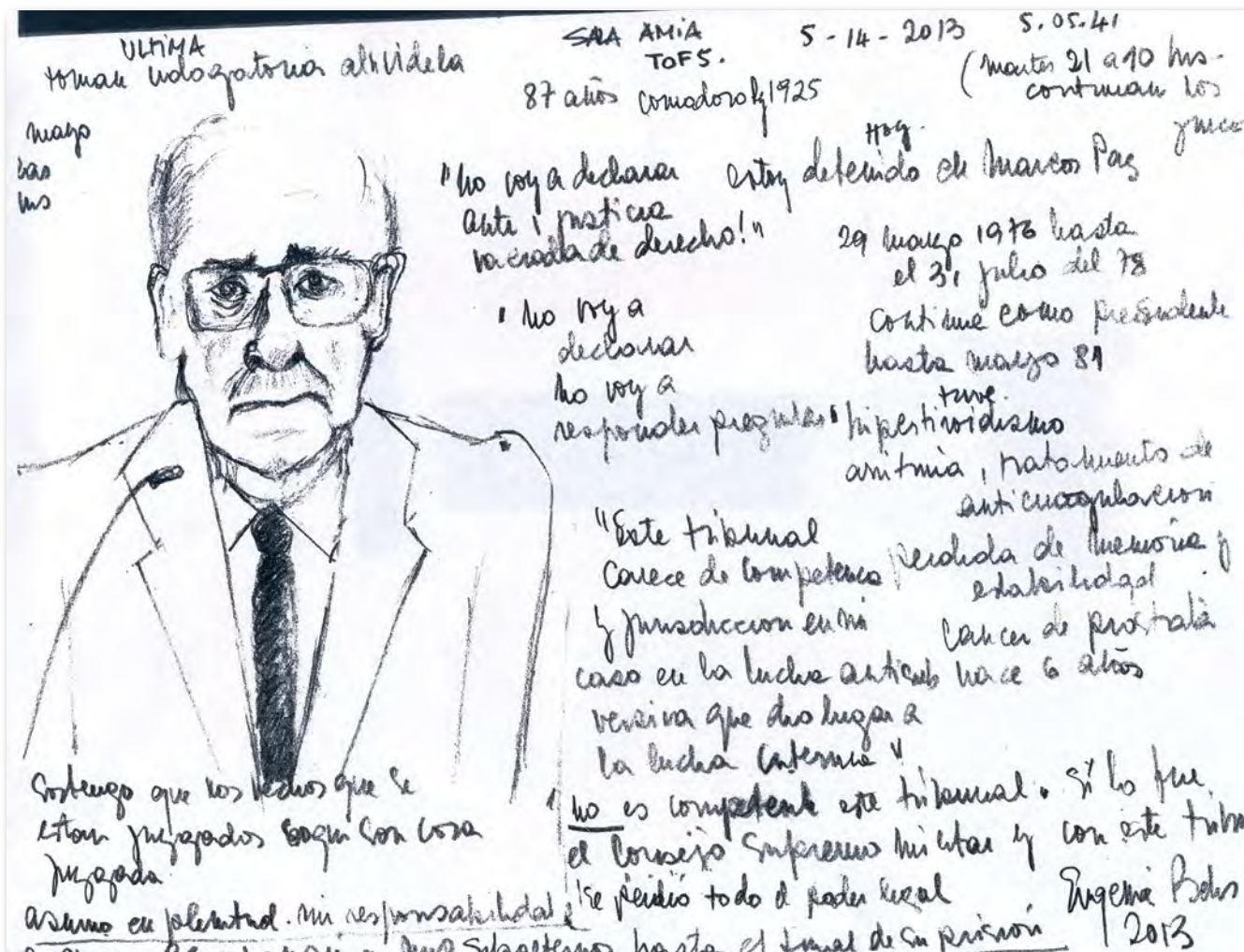


Las muertes de Videla.



DIBUJO DE EUGENIA BEKERIS, HECHO EN OPORTUNIDAD DE LA ÚLTIMA INDAGATORIA DE VIDELA ANTES DE SU MUERTE.

Por Ana María Careaga*

Murió Jorge Rafael Videla. La noticia se desparramó rápidamente por medios de comunicación públicos, privados y personales, atravesando conciencias y almas, cual si fuera una película que, en su recorrido regresivo, retrotrajera a la sociedad argentina hacia lo peor del horror en el que estuvo enterrado nuestro país en los años de plomo. Las expresiones y emergencia de diversos afectos entrecruzados daban lugar a que distintas vertientes en su origen y significación se abrieran paso en la irrupción de una noticia que a nadie le era ajena. Nadie quedaba afuera.

Era competencia de todos. Murió Videla, decían periodistas de una televisión pública europea a la gente "que pasaba por ahí", a "la gente de la calle"; y "nadie lo defendió", subrayaban. Tal vez su figura condensaba mucho de una responsabilidad compartida con otros, principales beneficiarios de un plan represivo que se constituyó en un método sistemático y herramienta para crear las condiciones de implementación de modelos de exclusión en toda la región, en beneficio de unos pocos y en desmedro de la inmensa mayoría de sus pueblos. Videla fue el jefe de la Junta. Fue la cabeza militar más visible de ese genocidio planificado que no

tuvo reparos a la hora de secuestrar, torturar y asesinar a miles de exponentes de una joven y valiosa generación. Y de cometer los crímenes más atroces y apropiarse de los bebés. Posiblemente, en él se condensasen varias figuras provenientes de distintos poderes, de distintas jerarquías y de distintos estratos. Probablemente, en su representación, descansaran cómplices civiles, empresarios y religiosos. Fue el que entregó la copa rota de una victoria indecorosa a la selección argentina de fútbol, fue el que, durante el Juicio a las Juntas, asistía con la Biblia en la mano, fue la imagen del cuadro que la dignidad de un pueblo en la responsabi-

lidad de un Jefe de Estado descolgó del Colegio Militar, y fue, tal vez, el represor que en más juicios “estuvo repetido” por su nivel de responsabilidad en la masacre planificada.

Fue, seguramente, el que en más hogares entró con los discursos totales y omnipresentes con que el Proceso de Reorganización Nacional iba delineando, a través de comunicados, partes e instrucciones, a ese “otro” a perseguir, apuntando a lograr el control social y a sembrar el terror en esa población a la que se dirigía.

Pero en el país de la tragedia de la desaparición; en el país en el que la gente “desaparecía” de sus hogares, de sus lugares de trabajo, de la vía pública; en el país en el que las Madres empuñaron un pañuelo y salieron a buscar, a reclamar y a preguntar por doquier, y esa búsqueda y esos interrogantes no tenían respuestas; en el país en el que ellas se volvieron eternas e imprescriptibles como la desaparición que las engendró, Videla fue también el que delineó el contorno terrorífico de esa figura. Lo siniestro. “Los desaparecidos no están, no existen, no tienen entidad”; “no están ni vivos ni muertos, están desaparecidos”. Y desde ese no lugar, desde ese agujero insondable, desde esa experiencia inefable de los campos de concentración que enterraban en vida a esos seres queridos, los Organismos, el movimiento de derechos humanos y otros actores sociales salieron a construir respuestas.

Y una respuesta a la desaparición fue la inscripción de esos nombres ausentes. En la escritura, en la piedra, en paredes, en placas, carteles, banderas, imágenes, silue-

tas, fotos, calles, plazas, baldosas, árboles. Escritura real y simbólica. En gritos, en nombres invocados seguidos de un ¡Presente! que los procuraba con nosotros, o incluso de manera intangible en esa gran tumba NN, sin epitafios, en la que se convirtieron el río y el mar, en la Argentina. En ese mismo acto de negación del desaparecido con que Videla pretendía desaparecer la misma desaparición inscribía esa entidad pretendidamente rechazada.

Los desaparecidos, aquellos “ni vivos, ni muertos”, despojados de su nombre propio, reducidos a desechos en los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio, codificados allí en letras y números, deshabitados de su singularidad de sujetos deseantes, multiplicaron sus nombres, sus identidades, sus historias y poblaron esos espacios tangibles e intangibles para siempre, imprescriptiblemente, como la lucha de sus madres y como su misma condición.

Y esa metodología aberrante, que generó un lenguaje del terror que despojaba de sentido tradiciones y vivencias culturales, instaló significantes pegados para siempre a lo peor de la condición humana en su práctica de muerte. “Desaparición”, “traslado” y muchos otros términos son, en esta sociedad y después del Terrorismo de Estado, expresión de esa “maldad en la constitución anímica”¹ de los amos de la vida y de la muerte, encarnada aquí, en los Videla del Proceso.

Tres días antes de morir, Videla declaró frente al Tribunal que juzga los delitos cometidos en el marco de la llamada “Operación Cóndor”. Entre la vasta información circulante, un cable de la agencia de noticias NA reparó en un detalle: “sin grado militar sobre sus hombros, ese anciano achacoso, sonrió el martes a uno de los defensores cuando terminó su diatriba”. Ya frente a otro acto similar, reparando en este gesto, Osvaldo Delgado, en su artículo “La sonrisa del Dictador”² se preguntaba de qué se sonreía Videla. Esa sonrisa, en boca del personero de las muertes, queda pegada

“...Se murió Videla,
cara visible del horror,
y yo sangré”.

a esa “captura monstruosa ante la ofrenda de sacrificio a los dioses oscuros (...). La satisfacción oscura de la sonrisa de Videla representa la satisfacción oscura de todos los que participaron en aquella atrocidad, todos los que participaron en ese plan criminal como también los cómplices que comulgaron con esa sonrisa”.

En esas mismas declaraciones, Videla reitera que asume su responsabilidad. Pero, en esa reiteración simbólica del delito que significa su reivindicación, en la que insistió en diversas expresiones públicas, no está en juego la asunción de su responsabilidad. Porque el advenimiento del sujeto a una posición de responsabilidad supone el hacerse cargo de sus actos y no el negar la competencia de una Justicia convocada a representar, precisamente, la voluntad de esa sociedad vulnerada.

El sábado siguiente al día de la muerte de Videla, recibí un correo electrónico cuyo asunto rezaba: Ayer. Y su texto decía: “Hoy hice síntoma, o lo que yo creo que fue un síntoma. A la mañana descubro que había tenido una hemorragia nasal, eso me pasaba cuando era chiquita o me insolaba. A veces me despertaba a la noche y decía ‘¡Ma! Me sale sangre’ y mi vieja corría a ponerme algodoncitos en la nariz. Como no soy chiquita ni estuve al sol interpreto que hice síntoma a mi manera. Se murió Videla, cara visible del horror, y yo sangré”.

* *Psicoanalista, integrante del consejo directivo del IEM*

Notas

1-Freud, Sigmund; Obras Completas, T. XV.
2-Delgado, Osvaldo; Sonrisa del Dictador, Página |12, 16 de junio de 2011.

La satisfacción oscura
de la sonrisa de Videla
representa la satisfacción
oscura de todos los que
participaron en aquella
atrocidad.